

Coloquio Ciencia y Dictaduras

Continuidades y rupturas entre democracia y dictadura: la Universidad de los 70

Diana Maffia
Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género
Universidad de Buenos Aires

Argentina tiene en el temprano siglo XX una experiencia que marcaría fuertemente la vida académica: la Reforma Universitaria que en 1918 produjo una fuerte crítica sobre los estilos feudales de la cátedra y propició formas participativas de gobierno universitario. El espíritu reformista (justo es decirlo, medio siglo antes que el mayo francés) catalizó a favor y en contra la política de docencia e investigación y continúa presente en muchos de los debates contemporáneos.

En los comienzos del primer gobierno peronista desde 1946, Oscar Ivanissevich fue primero Secretario y luego Ministro de Educación. Muy lejos del reformismo, se ocupó de vincular la doctrina peronista con valores trascendentales como el nacionalismo y la religión, inculcando en los programas escolares la disciplina, la piedad y el nacionalismo, así como también todo lo referido a la urbanidad: respeto, pulcritud, elegancia, actitud en la escuela, con la familia y en los espacios públicos¹.

Ya durante ese primer período, la relación con la Universidad es áspera por encontrarse ésta en manos de la oposición. En 1947 se promulga la ley 13.031 que elimina la autonomía universitaria y prohíbe toda práctica política en sus ámbitos. En 1954 esa ley fue sustituida por la 14.294 que establece un vínculo formal entre el Poder Ejecutivo y las Universidades. Esta última ley, justo es destacarlo, introduce la gratuidad de los estudios superiores.

Se crea la Confederación General Universitaria para reemplazar a la Federación Universitaria Argentina políticamente hostil que así se fue constituyendo en activo núcleo de la oposición, hasta que fue disuelta. Incluso se ordenó la cesantía de profesores universitarios. La designación como interventor en la UBA del Dr. Oscar Ivanissevich, militante antireformista y adscripto a un “esquema fundamental y constructivo: Hogar, Familia, Patria y Dios”, sumo al listado de despidos docentes, la suspensión y expulsión de alumnos y otras disposiciones represivas.² Designado al poco tiempo Ministro de Educación, convirtió al problema político en un problema policial, y todavía, según Halperin Donghi³, a su gestión en ejecutora de venganzas del régimen y personales.

Según Sigal (*op. cit.*), “las universidades perdieron en pocos meses el 70 % de sus docentes y un tercio del cuerpo profesoral al finalizar el año 1946; los profesores cesanteados fueron 423 y los renunciados 823”. Muchos de ellos se exiliaron, otros buscaron sobrevivir ejerciendo oficios intelectuales en la marginalidad del sistema

¹ Virginia Vaccarezza, “Evita me ama”: La propaganda política peronista en el sistema educativo. En <http://politicaargentina.suite101.net/article.cfm/evita-me-ama>

² Sigal Silvia, “Intelectuales y peronismo”, en Torre Juan C. (Dir.), *Nueva Historia Argentina VIII (Años peronistas 1943-1955)*, Sudamericana, Bs. As., 2002

³ Halperin Donghi T., *Historia de la Universidad de Bs. As.*, EUDEBA, Bs.As., 1962

académico. Dentro de este contexto francamente negativo para el desarrollo de la vida universitaria, debe reconocerse que la matrícula estudiantil creció fuertemente en el período, lo cual volvería a repetirse en la década del 70.

Se creó también la Universidad Obrera Nacional, que conformaba un sistema de educación técnica para la clase obrera. Esto también fue rechazado por la oposición en tanto dividía a la sociedad en términos de clase. Ya se había persiguido hasta lograr su cierre la Universidad Obrera Argentina, de ideales socialistas, creada en 1936 por Mario Bunge y de la que participaban estudiantes y docentes en el gobierno universitario.

La oposición universitaria al peronismo no era uniforme, como no lo era la oposición política. Apenas excluía expresiones de ultraderecha y de integrismo católico. En setiembre de 1955 un golpe militar derrocó a Perón y esa diversidad mostró sus contradicciones. En las arenas del poder, las vacilaciones se resolvieron a favor de los sectores liberales, antiperonistas recalcitrantes, que ungieron al General Pedro Aramburu como Presidente de la Nación a dos meses del golpe. Desde entonces y hasta 1966 se sucedieron en el país los gobiernos de Arturo Frondizi, electo en el año 1958 e interrumpido por un golpe militar en 1962, y el de Arturo Illia, investido por elección democrática en 1963 para ser derrocado por el Ejército en junio de 1966. Luis Alberto Romero llama a este período la época del “empate”, por las tensiones sociales no resueltas entre diferentes sectores políticos y económicos nacionales⁴.

Se fue reforzando así un antagonismo siniestro entre las fuerzas militares vencedoras en 1955 y la clase obrera organizada alrededor del peronismo proscrito, que marcó nuestra historia del siglo XX. El peronismo antagonizó con la dictadura pero también con la Universidad reformista, y el desencuentro entre los sectores académicos y los sectores populares todavía encuentra dificultades en su sutura y su diálogo.

Es en este orden autoritario y desorden ideológico que el sector reformista se encontró beneficiado con el control universitario, a tal punto que el primer Rector, el historiador socialista José Luis Romero, se eligió entre una terna propuesta por la Federación Universitaria de Buenos Aires (que había sido proscripta).

El ordenamiento legal realizado por el Ministerio de Educación de los dos primeros gobiernos de facto, proviniendo de dictaduras y proscribiendo al peronismo, contribuyó sin embargo al florecimiento de la Universidad. La legislación resultante estableció la mayor de las autonomías y permitió la renovación mediante concursos de los cuadros docentes, como reclamaban los sectores progresistas, aunque como señala Mignone⁵ introducía sigilosamente la posibilidad de autorizar el funcionamiento de instituciones privadas.

Esta influencia fue posible porque, aún en tiempos de oscuridad universitaria, algunas individualidades lograron ámbitos de desarrollo investigativo y crítico sobre todo en ciencias, como es el caso de la tarea científica de Houssay y su grupo en la Facultad de Medicina, de la Cátedra de Matemáticas de Rey Pastor en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA (que tuvo entre sus más destacados discípulos a José Babini, Gregorio Klimovsky y Oscar Varsavsky), o el del Departamento de Investigaciones Matemáticas de Cuyo bajo la dirección de Mischa Cotlar. Así se formaron científicamente buena parte los cuadros políticos reformistas, cuya calidad académica, cuando pudieron gobernar la universidad, les permitió concebir un proyecto descollante y legitimó su autoridad y proceder⁶.

⁴ Romero Luis A., *Breve historia contemporánea argentina*, F. C. E., Bs. As., 2001

⁵ Emilio Mignone, *Política y Universidad*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1998.

⁶ Enrique Oteiza E., *La Política de Investigación Científica y Tecnológica Argentina*, CEAL, Bs. As., 1992.

Esta especie de “restauración reformista”⁷ (que sobrevino tras la depuración de los claustros del profesorado peronista) produjo por diez años una trascendente renovación científica, fundamentalmente en la Universidad de Buenos Aires donde la investigación, especialmente en ciencias básicas y sociales, alcanzó nivel internacional. En ella se destaca la obra del Rector Risieri Frondizi, poseedor de una penetrante visión sobre la relación entre universidad y sociedad, y particularmente del papel modernizador de la investigación científica. Frondizi, quien asumió su cargo en los últimos días de 1957, pudo contar entre sus logros la creación de la prestigiosa editorial EUDEBA, la obtención de fondos destinados a crear cargos de dedicación exclusiva para profesores investigadores, el comienzo de la construcción de la Ciudad Universitaria, la creación de facultades, departamentos, laboratorios y seminarios, entre otros aportes que contribuyeron al mejoramiento de la enseñanza y la ciencia argentina (Frondizi, 1971)⁸. Muchos de estos avances se alcanzaron en un aislamiento de la Universidad de los problemas gravísimos del país, tanto económicos como institucionales, que generaron cuestionamientos internos sobre el papel de la ciencia y de los intelectuales en relación a la sociedad. Pero también permitieron la gestación de debates memorables, como el que dio lugar a la polémica entre “cientificismo y anticientificismo”.⁹

Un representante pasional en este debate fue sin duda Oscar Varsavsky, que había acompañado en sus inicios al reformismo de la Facultad de Ciencias Exactas y reivindicaba aquél proyecto en que según sus palabras querían depurar los claustros de “fósiles” (docentes incapacitados para la investigación), pero alertaba contra un enemigo más poderoso aún que esa ineptitud académica: el “cientificismo”. El científicismo, según Varsavsky, era la actitud que tenía el investigador que, “para progresar en (la) carrera científica, olvida sus deberes sociales hacia su país y hacia los que saben menos que él”.

Varsavsky abordó con audaz visión la división geopolítica de la investigación científica, la relación entre centro y periferia, el aspecto conservador de privilegios que tenían no sólo las líneas de investigación de los países económicamente poderosos, sino los científicos formados con becas externas en esos países y que luego al retornar al propio temían perder prestigio y no se comprometían con temas locales. La apariencia de un sistema neutral, meritocrático, como los concursos basados en antecedentes, o la evaluación cuantitativa de publicaciones, era desenmascarada por este investigador como una resistencia al cambio y una protección de los intereses hegemónicos. Como fuerte alegato político, más que en el marco de la crítica epistemológica, Varsavsky advierte que es imposible encontrar resultados originales y aplicables en esas condiciones, ya que la división internacional del trabajo científico segrega las funciones de los científicos del sur a la recolección de datos y réplica de experiencias, y concentra las decisiones sobre líneas de investigación y producción teórica en el norte. La independencia de la ciencia nacional comienza para él con la independencia de criterio, con la renuncia a la aceptación acrítica de los estándares presuntamente objetivos de la pretendida ciencia universal.

Estas críticas le valieron a Oscar Varsavsky una fuerte oposición no sólo de los sectores reaccionarios, sino también de los sectores progresistas que compartían con él la

⁷ Roberto Tagashira, “Oscar Varsavsky y la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires entre los años 1955 y 1966” en http://rapes.unsl.edu.ar/Congresos_realizados/Congresos/IV%20Encuentro%20-%20Oct-2004/eje6/29.htm

⁸ Frondizi Risieri, *La Universidad en un mundo de tensiones*, Paidós, Bs. As., 1971.

⁹ Un ejemplo fundamental de ese debate se publicó luego en la compilación *Ciencia e Ideología. Aportes Polémicos*, que reúne trabajos de Gregorio Klimovsky, Oscar Varsavsky, Jorge Schvarzer, Manuel Sadosky, Conrado Eggers Lan, Thomas Moro Simpson y Rolando García. Ed Ciencia Nueva, 1975

necesidad de alcanzar el desarrollo y la independencia económica, cultural y política, pero confiaban en que los sistemas de evaluación de calidad de la ciencia eran adecuados, y que renunciar a ellos conducía a la falta de un sistema objetivo de decisiones, y en última instancia al fanatismo y la irracionalidad. Por su parte, él deplora la despolitización efectiva de la gestión de sus compañeros, ocasionada por la resignación a convertirse en la base científica (neutral) del desarrollo nacional¹⁰.

El debate de ideas fue interrumpido abruptamente en el año 1966 con la llamada eufemísticamente “Revolución Argentina”, la dictadura que impuso la Doctrina de la Seguridad Nacional bajo los gobiernos de facto de Juan Carlos Onganía: 1966 – 1970; Roberto M Levingston: 1970 – 1971 y Alejandro A Lanusse: 1971 – 1973. A esta dictadura le debemos la llamada “Noche de los Bastones Largos” del 29 de julio de 1966, en que la Universidad Pública sufrió el más virulento ataque ideológico desde el poder estatal, con el ingreso de las tropas de infantería en los claustros universitarios y la represión física de docentes y estudiantes.

Esa noche fue sólo el comienzo del desmantelamiento de la educación superior. El exilio político de planteles completos de profesores, la desestructuración de equipos de investigación, la polarización ideológica inducida desde el poder a los efectos de la despolitización de los claustros, destruyó en meses diez años de construcción académica y científico-tecnológica. En la Facultad de Ciencias Exactas, renunció el 90% de los profesores e investigadores, más de mil docentes que se fueron del país o quedaron fuera de la educación pública.

La recuperación del orden institucional en 1973 traía una importante novedad: el fin de la proscripción del peronismo que finalmente ganó esas elecciones. Quizás por eso, la doble polaridad y antagonismo que el peronismo tenía, por un lado con la dictadura, por otro lado con las ideas liberales, puso en marcha un proyecto educativo y cultural que en el período constitucional 1973-1976, y con la muerte de Perón en 1974, resultó sumamente contradictorio. Esta contradicción, claro está, se anunciaba cuando al regreso de Perón se produce un enfrentamiento entre facciones que termina con 500 muertos entre la multitud que esperaba a su líder de regreso del exilio. Muchos ven en esta acción el inicio de la terrorífica Triple A, que juzgan amparada por el propio Perón; otros ponen ese comienzo en el período posterior a la muerte del líder.

Por lo pronto, y en relación con la política académica, hay que distinguir claramente dos estilos de gestión casi antagónicos: la del Ministro Jorge Taiana hasta agosto de 1974 y la de Oscar Ivanissevich hasta el golpe del 24 de marzo de 1976.

Al asumir el gobierno popular, y durante la primera gestión, la Universidad de Buenos Aires pasó a denominarse Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, contrastando y pretendiendo revertir el reformismo liberal. Se propició un vínculo entre docentes, estudiantes y trabajadores, poniendo la Universidad al servicio del proyecto económico, político y cultural del peronismo. Desde las cátedras universitarias se modificaron los planes y programas de las materias y se abrieron las llamadas “Cátedras Nacionales”. Se suprimieron las condiciones de ingreso a la Universidad generando una masividad de concurrencia que pretendía darle carácter popular. Se propiciaron experiencias comunitarias vinculadas a sectores marginales, y estudiantes y docentes participaban en programas de alfabetización y de formación política en barrios populares.

Pero no todo es como parece. El Ministro Taiana, que había sido nombrado por Cámpora en 1973, se mantuvo en el poder por apenas 15 meses. Y si bien su nombre aparece vinculado a una universidad progresista, abierta al pueblo a través de las

¹⁰ Varsavsky Oscar, *Ciencia, Política y Cientificismo*, 8ª. Edición (original 1969), CEAL, Bs. As., 1994

cátedras populares y el ingreso irrestricto, lo cierto es que su proceso era de “normalización”, por lo que no había Rector sino un Interventor, y la Asamblea Universitaria y el Consejo de Rectores eran reemplazados por el Presidente de la Nación y el Ministro de Educación respectivamente. El 26 de marzo de 1974 se promulga la Ley Universitaria que en su art 5º prohíbe la actividad política: El texto rezaba: “Queda prohibido en el ámbito de la Universidad el proselitismo político partidario o de ideas contrarias al sistema democrático que es propio de nuestra organización nacional”, lo mismo se aplicaba a la actividad docente a riesgo de separar a los profesores de sus funciones (art 11º), y algo que luego resultó fatídico, la alteración del orden público o la “subversión” contra los poderes de la Nación habilitaba al Ejecutivo a intervenir las Universidades (art 51º). Como aspectos progresistas, podemos señalar la garantía de la representación estudiantil y del personal no docente en la política universitaria (art 27º y 33º), y la reincorporación de los docentes cesanteados por razones políticas entre septiembre de 1955 y mayo de 1973.

Cuando murió Perón, el 1º de julio de 1974, se sentía que Taiana tenía sus días contados. Los estudiantes de la UBA tomaron el rectorado y las 11 facultades ante la perspectiva de un retroceso político, cosa que por cierto ocurrió. Los cambios logrados hasta entonces y la apertura de la vida universitaria fueron definidos como “desorden y caos a superar”, determinaron la salida del Ministro Taiana, su reemplazo por Oscar Ivanissevich y al frente del rectorado de la Universidad de Buenos Aires, la ominosa figura de Alberto Ottalagano. Y entonces llegó la noche. El terrorismo de estado de la Triple A fue el prólogo del de la dictadura. La “Misión Ivanissevich” y la intervención de Ottalagano en la UBA inició una limpieza de docentes problemáticos, los cesantó, reprimió duramente al movimiento estudiantil. Hizo todo esto con las leyes de la democracia, con la propia Ley Taiana. Este instrumento, según Ivanissevich, daba marco legal a la verticalidad con la que los rectores de la Universidad debían regir sus funciones.

Como la alteración del orden público habilitaba al poder ejecutivo a intervenir las casas de estudio, el decreto 865 formalizó la intervención de Ottalagano, y de la intervención se pasó al cierre. Una tarea principal de la Misión Ivanissevich fue la depuración ideológica. Para ello se valió de otro mecanismo ya existente: la ley de Prescindibilidad de 1973, que dejaba sin efecto los nombramientos interinos de docentes y no docentes que hubieran sido realizados en forma anterior al cierre de la Universidad. Los despidos alcanzarían luego también al personal concursado que no hubiera sido confirmado en su cargo hasta octubre de 1974. Según las centrales gremiales, se perdieron así 2.500 puestos docentes.¹¹

Ottalagano se enorgullecía de su simpatía con el fascismo, y entendía que la principal tarea que tenía por delante era rescatar la universidad del caos y la anarquía en cuyo marco comunistas y extranjeros habían logrado hacer prosélitos. Al final de su gestión decía: “la universidad era antes el centro del reclutamiento de la guerrilla y nosotros trajimos ahora la paz”¹².

Al reabrir las Facultades había todo tipo de medidas policiales. Debía mostrarse la libreta universitaria antes de entrar, donde estaban los horarios de clase fuera de los cuales no se podía permanecer en la Facultad, y a las mujeres nos revisaban las carteras. No se podía llevar grabador a las clases, por lo que debían tomarse apuntes manuscritos de los escasos contenidos circulantes.

¹¹ Romina de Luca, “El progresismo en tiempos de revolución. La universidad argentina de Taiana a Ivanissevich”, en <http://www.razonyrevolucion.org/textos/elaromo/secciones/Educacion/deluca46.pdf>

¹² Diario *La Opinión*, 19/12/1974

¿Qué diferencia presenta este discurso, estas normas y estas decisiones con respecto a la dictadura? Una importante: la vigencia del orden democrático. Ideológicamente ninguna. Los retrocesos se sumaron. La última Facultad en reiniciar su actividad fue Filosofía y Letras, donde yo era alumna. Allí la depuración ideológica era difícil porque la influencia de las cátedras del marxismo era profunda, por lo que directamente se procedió a cerrar las carreras más problemáticas: sociología, psicología y ciencias de la educación.

Luego, en una regresión con respecto a la orientación popularizante de la Universidad, se instauró no sólo un sistema de ingreso de un año para todas las carreras, sino un sistema de cupos para el ingreso que privilegiaba a las carreras técnicas en detrimento de las humanísticas siempre más disolventes. Se comenzó a desplegar así un sistema de persecuciones y censuras sobre las que luego la Dictadura Militar hizo estallar su arsenal de horror, destrucción y muerte. En 1975 se cerró la Universidad. Varios exilios comenzaron antes del 24 de marzo de 1976.

Un español que se jacta de pertenecer al bando de los vencedores en la Guerra Civil Española de 1936, Juan Fernández Krohn, refiere haber venido a la Fraternidad San Pío X a predicar en Argentina en el primer período de la dictadura de Videla y afirma: “Los grupos de curas y seglares católicos que colaboraron entonces con la obra de Lefebvre en Argentina procedían en su mayoría del peronismo (de derechas)”. Y dice refiriéndose al también español y falangista joseantoniano Javier Iglesias, llegado en la década del 70 y vinculado a la izquierda peronista, luego asesinado durante la presidencia de Menem “Su opción –como la de los teólogos de la liberación con los que a todas luces ligaría ideductiblemente su destino- lo fue por los pobres de América, la mía por la memoria (histórica) de la conquista, la colonización y la evangelización española en aquellas tierras”¹³.

Desde esta posición ideológica franquista y afín a la dictadura, Krohn refiere el modo en que el último tramo del peronismo del 75 ya la anunciaba y continuaba habitándola:

“Perón tras su vuelta del exilio español se propuso a todas luces abanderar –rivalizando con Fidel (“por la vía revolucionaria”) la causa de la revolución americana. (...) Y esa nueva singladura del peronismo acarrearía fatalmente su división irreversible o para ser exactos su partición en dos facciones enfrentadas a vida o muerte, la izquierda y la derecha peronista, en una escalada de violencia armada que encontraría su desenlace ya en tiempos de Isabelita (María Estela) Martínez de Perón, viuda del general, bajo cuya presidencia se pusieron en marcha las primeras operaciones de lucha antiguerrillera a cargo de militares (“operativo independencia”) que desembocarían en lo que se daría en llamar en leguaje periodístico “la guerra sucia” (antiterrorista) en tiempos de las Juntas Militares de Videla y Viola cuando yo residí en el país.

Los colaboradores más estrechos y más activos de la obra de Lefebvre en Argentina, todos ellos partidarios incondicionales del régimen militar, eran destacados peronistas (de extracción nacionalista) algunos de ellos, o próximos a la facción “azul” (pro/peronista) del ejército argentino. (...)

Más destacado aún por su peronismo claramente militante fue el caso del padre Raúl Sánchez Abelenda, que había sido decano de la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires bajo la presidencia de Isabelita Perón, siendo rector de la Universidad Alberto Ottalagano y Ministro de Educación oscar Ivanissevich (de origen croata) peronistas prominentes ambos”¹⁴

¹³ Juan Fernández Krohn, “El caso Javier Iglesias, o la memoria escindida del peronismo argentino ... y de los falangistas españoles”, en

<http://blogs.periodistadigital.com/juanfernandezkrohn.php/2010/07/30/p276730>

¹⁴ Juan Fernández Krohn, *Ibidem*

El viejo Ivanissevich no quería desarrollo científico en la Argentina. Decía que la ciencia era cara y que los investigadores del Conicet no “inventaban” nada. La dictadura tampoco quería apoyar la ciencia, enemiga de las visiones conservadoras que propugnaban como autoridad de la vida social. Aquella polémica de fin de los 60 y comienzos de los 70 entre científicismo y anticientíficismo, no dudaba en valorar el papel de la ciencia en el desarrollo de un país, sólo discutía qué tipo de ciencia, con qué compromisos, con qué prioridades, al servicio de qué intereses. Sólo el fulgor de aquella vida universitaria impidió ver que el verdadero antagonismo de estos propósitos estaba en aquellas posiciones dogmáticas que veían en el desarrollo científico la contracara de un proyecto que enarbolaba en sus manos la cruz y la espada.

Casi toda mi vida estudié bajo dictaduras. No tengo dudas sobre la influencia letal que las dictaduras tienen sobre los ámbitos de producción y transmisión del conocimiento, sólo quise echar luz sobre un período siniestro de nuestra historia formalmente democrático, en que estaban desmoronándose las instituciones pero estaba a la vez consolidándose el modelo político que dio soporte ideológico a la represión criminal. Democracia y dictadura tienen tanto rupturas como continuidades, y las continuidades son marcadas muchas veces por la vigencia de leyes que dan visos de institucionalidad a gobiernos que han usurpado el poder. Recientemente, al hablar por primera vez ante un tribunal que lo juzgaba por crímenes de lesa humanidad, el dictador Videla justificaba la sangrienta dictadura militar considerando que su accionar estaba legitimado por un decreto del gobierno constitucional anterior firmado el 6 de octubre de 1975 por Italo Luder, que no sólo habilitaba a las fuerzas armadas a “aniquilar la subversión” sino que subordinaba las fuerzas policiales al ejército. De la misma manera, las leyes que ese gobierno dictó para la educación y la universidad, sirvieron para profundizar el integrista de la dictadura y alejarnos durante un cuarto de siglo de la posibilidad de un proyecto propio de política científica.

Sólo quiero, para concluir, destacar una experiencia luminosa en años oscuros. La llamada “universidad de las catacumbas”. El exilio interno de quienes fueron echados o renunciaron en la noche de los bastones largos, y hasta el retorno de la democracia en los 80 mantuvieron generosamente vivo el espíritu crítico, la pasión por el conocimiento, la convicción ética como marco de la investigación, el compromiso con la democracia y los derechos humanos. Ellos nos convencieron a quienes éramos tan jóvenes entonces de mantener la persistencia en las ideas, porque habían conocido un tiempo en que la producción colectiva del conocimiento era posible, y el futuro debía encontrarnos preparados.